

## LA PAZ DEL MÉDICO CHINO

**Manuel Montobbio\***

Diplomático

Recuerdo que, de niño, un médico —y sacerdote— chino amigo de mi padre me dijo que, mientras en Europa pagamos al médico cuando nos ponemos enfermos, para que nos sane; en China se le paga habitualmente, durante toda la vida, para estar sano, salvo cuando se deja de estarlo, pues la enfermedad significa que el médico no ha hecho bien su trabajo, y su deber es devolvernos la salud y el nuestro volverle a pagar por ello. Nunca he comprobado después, en mis viajes a China o en mis conversaciones con chinos, la veracidad de tal afirmación. Séalo o no, se me viene en cualquier caso a la mente al pensar y aprehender la paz. Pues la construcción de la paz, el paso del concepto de paz negativa al de paz positiva, supone, igualmente, un cambio de paradigma, de enfoque, de actitud.

Pero también la asunción de la realidad y sus transformaciones. La realidad, en primer lugar, de las que Mary Kaldor (2001)<sup>1</sup> ha venido a denominar las “nuevas guerras”, aquellas que no provienen de la defensa o proyección exterior de los intereses de los Estados hasta el extremo del recurso a la violencia organizada para su consecución, sino de su ausencia o derrumbamiento, de la erosión de su monopolio de la violencia legítima. Cuyos objetivos no son ya la expansión geográfica, la satisfacción de los intereses económicos o la imposición de los modelos ideológicos, sino la política de las identidades con su excluyente lógica de juego de suma cero. En que la población civil deja de ser víctima principal de los “efectos colaterales” de los enfrentamientos entre ejércitos,

---

\* Doctor en Ciencias Políticas, es autor de *Salir del Callejón del Gato. La deconstrucción de Oriente y Occidente y la gobernanza global* (Icaria, 2008).

<sup>1</sup> Kaldor, Mary. *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001.

sufridora principal incluso de los daños de la guerra, para convertirse en objetivo principal de los actores armados. Objetivo su miedo, su humillación, su expulsión, la exclusión del diferente en exaltación de la diferencia donde hubo convivencia y elementos compartidos. En las que se desarrolla una nueva economía de guerra globalizada que acoge fenómenos como el crimen organizado o el narcotráfico.

“Nuevas guerras” cuya expresión paradigmática hemos vivido en los años noventa —en los Balcanes, en los Grandes Lagos—, escenario de crímenes contra la humanidad en el deber de la conciencia colectiva que ha llevado a la afirmación del derecho de injerencia humanitaria bajo ciertos principios y en determinadas circunstancias —del deber del Estado de proteger los derechos fundamentales, empezando por el derecho a la vida, de sus ciudadanos, y el de la Comunidad Internacional de intervenir en defensa de éstos cuando éste no puede o no quiere ejercer tal responsabilidad—, cuya superación pasa no sólo por la recuperación por parte del Estado del monopolio de la violencia legítima, sino sobre todo de su legitimidad frente a los ciudadanos y de su capacidad de dar respuesta a sus demandas.

Gobernanza, legitimidad y seguridad se configuran así como partes o elementos interrelacionados de un todo, al que responde el paradigma de la seguridad humana, entendida ésta, no ya como ausencia de amenaza de ataque militar al Estado, sino como aquella situación en que los derechos humanos y las necesidades básicas de los individuos en una sociedad están asegurados. Lo que conlleva profundas repercusiones en el cuándo y en el qué, desde los que afrontar la seguridad: ésta no se limita ya a la reacción ante las crisis, a un tiempo limitado, sino a la atención a los derechos y necesidades en que se sustenta la seguridad humana durante todo el tiempo; ni a la respuesta a los ataques militares por medios fundamentalmente militares, sino a la dedicación de todas las políticas públicas relevantes, empezando por las económicas y la vigencia del Estado de Derecho, a la realización de la seguridad humana. Un concepto de

seguridad para el que el ser humano se erige en definitivo protagonista frente al Estado.

Si la guerra es la expresión extrema del conflicto entre sociedades o grupos de seres humanos por el recurso para su resolución a la violencia organizada, el conflicto, sin embargo, no se limita al que pueda darse entre sociedades o grupos, sino que puede contemplar, como nos señala Galtung (2003), además de a las sociedades, a la naturaleza, la persona, el mundo, la cultura o el tiempo. Y puede estar tanto fuera, en la disputa con el otro, juego de suma cero por la consecución de un mismo objetivo; como dentro de uno mismo, en el dilema, la disyuntiva entre la persecución de uno u otro fin. Y si el conflicto puede plantearse y se plantea en diferentes espacios, la paz puede plantearse y se plantea también no sólo respecto a las relaciones entre Estados y sociedades, sino igualmente respecto a la naturaleza, las relaciones interpersonales, el mundo y su viabilidad, la cultura y el tiempo. Así, la sostenibilidad del desarrollo y el respeto al medio ambiente, la solidaridad entre nuestro tiempo y el de nuestros nietos, las visiones de la paz y el conflicto que subyacen a nuestras cosmovisiones y códigos culturales —la propia visión del conflicto y del tiempo, como nos muestra el contraste entre la visión cristiana del conflicto individualizado en tiempo finito y la budista de conflicto colectivizado en tiempo infinito—, los espejos cóncavos y convexos del Callejón del Gato y lo que subyace tras ellos, se convierten en ámbitos o espacios para la construcción de la paz. Hacia fuera y hacia dentro, pues sí, como señalaba Foucault, “la cárcel está en uno mismo”, también lo está la paz.

¿Significa la paz ausencia de conflicto? No siempre. El conflicto existe, está ahí, a menudo es inevitable y la única opción es manejarlo, transformarlo. Paz, construcción de la paz, es entonces transformación no violenta del conflicto, dotándole de una nueva estructura aceptable y sostenible para todos los actores, sea por su profundización o ensanchamiento (ampliación del número de temas o

actores), o por la retirada, el acuerdo o la trascendencia de aquello que era objeto del conflicto; sea autónoma, dialogada o impuesta.

Paz como ausencia de violencia, de recurso a la violencia, que nos lleva a preguntarnos por la naturaleza de ésta, a distinguir entre violencia directa, estructural y cultural. Violencia directa reflejada en la acción militar, en el recurso físico a la violencia organizada para la resolución del conflicto; frente a la que paz significa ausencia de conflicto armado. Violencia estructural, ejercida por las estructuras políticas y socioeconómicas que determinan el dominio de unos actores sobre otros, la resolución de los conflictos por la imposición permitida por las reglas de juego político o socioeconómico, el autoritarismo o estructuras socioeconómicas injustas; frente a la que paz significa democracia y desarrollo. Violencia cultural, presente en las cosmovisiones que encierran las culturas, en las visiones del mundo, de nosotros y del otro y del supuesto orden natural de las cosas y la vida, en los orientalismos y occidentalismos, los espejos cóncavos y convexos en que, como el Max Estrella del esperpento de Valle-Inclán en *Luces de Bohemia*, vemos y nos vemos en el Callejón del Gato; frente a la que paz significa salir de éste, huir de las cárceles que se encuentran en nosotros mismos, en el subconsciente colectivo que nos empuja a la resolución del conflicto por la violencia, la superación del nosotros frente a los otros y la asunción del nosotros que somos todos, de las civilizaciones que chocan o pueden chocar, de nuestras universalidades, orientalismos y occidentalismos, la civilización de las civilizaciones en una visión compartida de paz, de transformación creativa, positiva y no violenta de los conflictos para la supervivencia y la vivencia, la navegación de la nave espacial Tierra destino futuro.

Paz negativa, ausencia de expresión violenta del conflicto, frente a la que los teóricos de la investigación para la paz contraponen la paz positiva, superación de las raíces del mismo, de alguna manera identificada con democracia, desarrollo y cultura de paz y de supervivencia global: la paz se

configura así como la idea-cimiento de las ideas-cimiento, o como el cimiento de todas las ideas, estrella polar del camino más allá del Callejón de Gato o columna vertebral de la nave espacial Tierra. Allí donde convergen la democracia, el desarrollo y la cultura; donde el ser humano es ese kantiano ser que se trasciende a sí mismo. Paz no sólo entre las sociedades, sino en todos y entre todos los espacios —ser humano, naturaleza, sociedad, mundo, cultura, tiempo—. Pues si el conflicto puede estar en y entre todos ellos, también puede y debe en y entre todos ellos construirse la paz.

Paz en el tiempo. Desde un concepto de paz negativa, construcción de la paz significa la resolución de un conflicto armado por la vía de la negociación y posterior ejecución de acuerdos de paz, proceso de paz en el que, en la terminología consagrada desde que Naciones Unidas publicara *Una agenda de paz* (Boutros Ghali, 1993), se distinguen las fases de imposición, negociación, mantenimiento y consolidación de la paz (*peace enforcement, peace making, peace keeping, peace building*). Desde la perspectiva de la medicina china o de la paz positiva, la paz no se plantea como el proceso de curación de una enfermedad, sino de mantenimiento de la salud en el tiempo, todo el tiempo. Pensamiento, paradigma, actitud conducente a la acción en todo momento, en toda fase: prevención de crisis, gestión de crisis, gestión del conflicto y establecimiento de la paz, imposición de la paz, mantenimiento de la paz, consolidación y construcción de la paz después del conflicto. La diplomacia de paz contempla la paz como objetivo principal de un actor internacional en todo momento y en todo lugar, desde todas sus políticas e instrumentos con proyección exterior susceptibles de contribuir —o dejar de contribuir— a la misma, lo que plantea el reto de la coherencia de políticas en y para la construcción de la paz<sup>2</sup>. Paz como proceso. Hay proceso de paz, para llegar a la

---

<sup>2</sup> Para un análisis sobre éste, *vid.* Manuel Montobbio, “Coherencia de políticas y construcción de la paz”, en José Antonio Alonso y Valpy FitzGerald (eds.), *Financiación del desarrollo y coherencia en las políticas de los donantes*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2003.

paz; pero la paz no es algo estático, blanco o negro: la paz es, como señala Galtung, un proceso.

Tiempo de paz. Señala William L. Ury en *Alcanzar la paz* (2005) que en el primer noventa y nueve por ciento de la Historia humana, el anterior al establecimiento de sociedades sedentarias basadas en la agricultura, el ser humano fue un *homo negociator*, que vivía en grupos humanos que basaban su supervivencia en la cooperación con otros grupos humanos para el reparto de una torta que se podía agrandar o no tenía fin en un espacio sin límites. La dedicación a la agricultura determinó la aparición de sociedades sedentarias, agrupadas en ciudades, con estructuras jerárquicas y ejércitos para la defensa, conquista y dominación de los hombres por los hombres en una dinámica global de juego de suma cero, con una lógica de poder que lleva a la lógica de la guerra, que ha conocido su expresión más letal en el siglo XX.

Si fuimos, podemos ser. Si la revolución agraria nos cambió en su día, ¿puede implicar la del conocimiento el inicio de una nueva era, del tiempo de paz? La sociedad red, el carácter ampliable y movable del conocimiento como activo fundamental de las personas y las sociedades, la lógica de la negociación y la cooperación, la horizontalidad y multiplicidad de las relaciones, la conformación de las guerras y los conflictos como conflicto en que todos pierden y el de la cooperación como juego de suma positiva en que todos pueden ganar... constituyen entre otros, signos de una nueva era, de un potencial cambio de paradigma, de un tiempo que puede llegar a ser tiempo de paz. Tiempo de paz: cultura de paz. Ideas de y para la paz. Tiempo de pensamiento para la acción, de acción para la paz.

Tirana, septiembre de 2008.